

CAPITULO III.
 Vida del Venerable Padre
 Fray Diego Ordoñez,
 Custodio, que fue de
 la Custodia de
 Zacatecas.

EL prodigioso objeto de este capitulo pedia un historiador tan diestro, que, estrechando à la pluma hazñas, que solo caben en la admiracion, executara con acierto la narracion de lo maximo en lo minimo de un capitulo. No faltò, quien, confuso, y oprimido con semejante empeño, dibujò un dedo de un Gigante, para manifestar su descomunal grandeza; no me estuviera mal el hurto de esta traza ingeniosissima, pues, con apuntar qualquiera de sus agigantadas prendas, pusiera un dedo indice, que descubriera con claridad al mundo lo grande, y esclarecido de nuestro Heroe Venerable. Pero, siendo preciso referir sus heroicidades virtudes, quando para su cabal narracion pedian estas un entero tomo, ayre de discernirlas, compendiandolas à la brevedad, que pide esta historia, arreglandome à la cortedad de mi

loquela, que no todo, lo que refiero, està conciso por laconico, sino por cortedad de mi talento, que à ser este mejor, mas lucido campo se le ofrecia en las cortas noticias, que ha adquirido, para esparcirse eloquente en una dilatada historia.

Este Venerable Varon fue, el que, comenzando desde la edad de ocho años el estudio de las divinas, y humanas letras, no largò de las manos tan devoto, y santo exercicio, hasta que espirò en la tarea, predicando en la Parrochia de Sombreretè, y quando ya las fuerzas del Cuerpo le imposibilitaban, el Espiritu le fortalezia, para que acabase en el exercicio, en que avia vivido mas de cien años. En este tiempo dilatado se hizo tan excelente Theologo, que fue el oraculo de Salamanca en lo escholastico, y en lo expositivo fue la admiracion de su siglo, à que le ayudò la inteligencia perfecta, que tuvo de las lenguas Hebrea, y Griega, con cuyas noticias sin mas libros, que la Biblia, predicaba repentinamente qualquier assumpto, por singular que fuesse, en los concursos mas autorizados; sirviendose en estos lanzes de aquella elo-

quen-

quencia sin segunda, con que Dios le avia enriquezido, siendo en la inteligencia de las sagradas letras todo cherubico; y para mover à devocion, y ternura à sus oyentes todo seraphico.

Este fue aquel acerrimo zelador de la pobreza evangelica, que professà mi Religion Seraphica, que, no contento con practicarla toda su vida, la enseñò en la Provincia de San Tiago, Mexico, Guatemala, Mechuacan, y Zacatecas, reduciendola con su exemplo à su primitiva hermosura. Este fue en la pureza virginal todo Angelico, pues ni por las voces conociò su opuelto; porque antes de doce años ya estaba consagrado à Dios de Arcediano de la Santa Iglesia de Salamanca, y à los trece ya vestia el abito de mi Seraphico Padre S. Francisco en su Convento. Este fue en los incendios del amor divino todo seraphico; y en los fervorosos deseos de la conversion de las almas todo Apostolico: y siendo un todo en todo, en su consideracion era nada. Este es el dilatado campo, que se ofrecia à mi discurso, para explayarse dilatado en la rela-

cion de las virtudes de este Venerable sugeto; pero, aunque conozco lo apocado de mi estilo, no puedo huir del empeño en la empresa, y con la obediencia, que me precisa, queda disculpada mi osadía.

Nació el Venerable Padre Fray Diego Ordoñez en la Ciudad de Salamanca año de mil, quatrocientos, y tetenta de la nobilissima familia de los Ordoñez no sin presagios de su futura Santidad, que atendidos de sus devotos, y nobles Padres, le dedicaron à la Iglesia desde su nacimiento: con este fin à los ocho años le pusieron al estudio de la latinidad, y Rhetorica, en que aprovechò con tanto lucimiento, que era la admiracion de sus condiscipulos, y à los trece, no cumplidos, estaba ya graduado en Philosophia con admiracion de todos. Ya por este tiempo manifestaba nuestro Diego una genial inclinacion al exercicio de las virtudes, que atendidas de su Padre, solicitò tuviesen feliz logro en la Santa Iglesia de Salamanca, para donde le consiguió la dignidad de Arcediano. Tomò possession de ella, mas luego conoció, que Dios le llama-

ba

ba por camino, si mas alpero, menos peligroso, y detandose llevar de los impulsos de su vocacion, cerrando los oídos à los del mundo, que le sollicitaban por el camino de las conveniencias, pidió el abito en nuestro Convento de Salamanca de edad de trece años, y considerando los Prelados la calidad del sugeto, la edad tan tierna, coronada ya de frutos sazoados de todo genero de virtudes, se lo concedieron gustosos no sin esperanzas, bien fundadas, de que el nuevo clientulo avia de ser en todo honor esclarecido de nuestro Seraphico instituto.

Hizose el Venerable Fray Diego cargo de las obligaciones del nuevo estado, y lo primero, que sollicitò, siguiendo el consejo de Christo, fue la negacion de si mesmo, resignandose del todo en la obediencia, norte fixo para el acierto. Sus fervores fueron à los principios tan ardientes, que reconociendo el prudente Maestro la debilidad de su tierna edad, fue prescrito los templase con la prudencia, para que no parasen en exalaciones repentinas por la falta de fuerzas,

que, aunque eran como de trece años, fomentadas de la gracia, abrazaban varonilmente las austeridades mas penosas de la vida religiosa. De esta fuerte caminò nuestro Ordoñez mas de tres años de Novicio, hasta que cumplio los diez, y seis de su edad, ocupado en santos exercicios, que, nivelados por la prudencia de su Maestro, le hicieron un perfecto modelo de religiosas operaciones, con que fue admitido à la profession solemne, que hizo con aplauso general de los Religiosos.

Luego, que profesò Fray Diego, trataron los Prelados de aplicarle al estudio de sagrada Theologia en el Convento de Salamanca, noticiosos de su lucido talento, y de lo aprovechado, que estaba en la Metaphysica, y Philosophia, y como el discurso era subtil, y la aplicacion buena, comprehendio los Sentenciarios del subtil Doctor con tal subtileza, y tal brevedad, que puso en admiraciòn à sus metimos Maestros, siendo à acerrimo defensor de la doctrina de Escoto, que, aunque en este Reyno tuvo muchísimas controversias con varios sugetos sobre este punto, de ellas

faliò siempre victorioso. Leyò en Salamanca muchos años sagrada Theologia con credito de la Religion, y aplauso universal de aquella celeberrima universidad, q̄ le consultaban, como à Maestro, en las mas intrincadas dificultades de la escholastica Theologia. Aqui sin duda aprendio con perfeccion las lenguas Hebrea, y Griega, en que fue peritissimo, aunque no falta, quien diga, que estudiò la Theologia, y las lenguas en Paris, donde afirma un Autor, que se graduò de Doctor en ambas facultades, mas no hallo motivo, para persuadirme, à que tenga esto fundamento; porque, si fuera assi, alguno de los contemporaneos suyos, que escribieron sus virtudes, y dieron noticia de otras cosas de menos importancia de este Venerable Padre, huvieran referido el grado de Doctor Parisiense, que tanto cedia en credito de sus estudiosas tareas, que alaban, y ninguno le menciona, contestando todos, que en cathedra, y pulpito fue en su tiempo eminentissimo.

En estos dos importantísimos exercicios se ocupaba nuestro Venerable Ordoñez, ama-

M M

do de Dios, y de los hombres, quando llegó al Convento de Salamanca la noticia de la falta de Operarios, que avia en Guatemala para la conversion de los Indios por el año de mil, quinientos, treinta, y nueve, en que tenia de edad nuestro Venerable Padre setenta, y nueve años, y sin atender à su edad crecida, y fatigada con la continua tarea de los estudios, llevado solo del zelo de la salvacion de las almas, se pasó à Guatemala, despreciando los trabajos, que en tan dilatada jornada se le ofrecieron, por amor de Jesu-Christo. Aqui estuvo muchos años ocupado en la conversion de los Indios, sugeto à enseñar à los Indios vocales con toda charidad, y rendimiento los primeros rudimentos de la Fè, el que avia sido Maestro en Salamanca de hombres sapientissimos. Aqui fue, donde soltando los diques del represado amor al proximo, se hacia todo de todos, de sabios, y de ignorantes, de necios, y de discretos, acomodandose al estylo, y talento de cada uno, para ganarlos à todos, como otro Pablo, para Jesu-Christo su divino Maestro. Predicando

à los

á los Indios, y á los Españoles incessantemente: en los unos reformaba las costumbres, en los otros instruía las obligaciones del Christianismo: á los unos reprehendia con amor, y eficacia sus excessos; á los otros persuadia con paternal benignidad la detestacion de sus antiguos ritos, y el amor, con que debian abrazar las verdades de nuestra santa Fè, y de esta fuerte, como exalacion divina, no cesaba, para atraher á Dios á todas horas infinitas almas.

Vino por este tiempo, que fue el año de mil, quinientos, setenta, y uno, el Santo Officio de la Inquisicion á Mexico, y aunque no faltaban en aquella Ciudad hōbres sapientísimos para consultores, y calificadores del Tribunal Santo, pero, como venian informados desde España de lo eminente de nuestro Fray Diego en todas ciencias, embiaron luego por él los Señores, para que, estando á su lado su discreta madurez, saliesen sus decretos justificados, y rectos, como se podian esperar de un Varon consumado en letras, y en su vida todo Apostolico: pocos años asistio en este exercio, porque

le llamaba fuertemente el zelo de la conversion de las gentes, siendo para su habitacion el lugar mas proporcionado, donde habitaban mas gentiles, que reducir al gremio de nuestra Santa Ley. Por esta causa salio de Mexico para Mechoacan, desseoso de emplear los ultimos periodos de su cansada vejez en la conversion de las almas, y teniendo noticia, que en la nueva Custodia de Zacatecas avia multitud de barbaros, y falta de Ministros, se partio, como un rayo de pedido de la fragua del amor divino, en busca de ellos, para reducirlos con su predicacion al verdadero conocimiento de Jesu-Christo, sin que retardasse sus fervorosos desseos una tan crecida edad, como de cien años, en unos caminos tan dilatados, solitarios, y faltos de lo necesario para el natural sustento.

Aqui quisiera tener la eloquencia de un Demosthenes, para ponderar con energia debida esta heroica hazaña de nuestro Venerable Padre Fray Diego: quien viera á un hombre de cien años emprender una jornada de casi docientas

le;

leguas á pie, y descalzo sin el permitido uso de las Sandalias con un grueso, y roto sacó a raíz de sus frias carnes, sin mas abrigo, que un aspero cilicio, q̄ le cogia toda la caja del cuerpo, ni mas prevencion, que la Divina Providencia, y todo esto executado solo por la conversion de los gentiles, y pecadores, que diria? Diria acaso, que en lo penitente excedia á todos los antiguos Anachoretas? Diria por ventura, que aquella venerable ancianidad, purificada de los resabios de la carne, tiraba ya gages de pura angelica criatura? Pensaria, que en su fé resucitaba la del Venerable Abraham? Discurriria, que su esperanza en la Divina providencia equivalia á la de los antiguos Santos Padres del nuevo, y viejo testamento? Todo esto juzgaria, admirado, al ver un espectáculo tan extraño, como reverdecer por el zelo de la Santa Fè el vigor de la juventud en una ancianidad tan venerable, que passaba ya de cien años, emprendiendo nuevas conquistas para el gremio de la Iglesia en tan prolongadas distancias: pero cessaria su admiracion, si supiera, que era nues-

MM 2

tro Fray Diego Ordoñez espíritu todo de fuego, que iba, y bolvia de conversion en conversion en semejanza de rayo encendido, y tal espíritu solo tiene semejante en cada una de las quatro pias de la carroza de Ezechiel, que, para llevar la gloria de Dios por todas partes, gyaban en continuo movimiento.

Con este llegó nuestro Venerable Padre á la nueva Custodia de Zacatecas, y por no tener un punto ocioso su abrasado zelo, passò á la Vizcaya á la conversion de los infieles, endonde con edificacion de todos se ocupaban aquellas venerables canas en catequizar los recién convertidos, y en convertir otros de nuevo, sin dexar de predicar á los Españoles de Durango, y Sombrerete todos los dias de fiesta. En esta ocasion fue, quando, aviendo acabado su trienio el segundo Custodio, le eligieron al Venerable Padre por tercer Custodio de la nueva Custodia de Zacatecas, la que visitò á pie, y descalzo, no obstante su crecidissima edad, dando á todos sus subditos por palabra, y por exemplo norma fixa, á que nivelassen sus religiosas

ope-

operaciones, siendo el Venerable Padre el primero, q̄ practicaba, quanto à sus subditos persuadia. Acabò su officio nuestro Ordoñez con universal aplauso de todos, que reconocieron, ser verdadero Padre en el amor, con que tratò à todos, y un vivo retrato de nuestro Seraphico Patriarcha en lo pobre, humilde, y penitente. No dexò de predicar los mas de los dias à los Indios, ò à los Españoles, mientras le durò la vida, tal era el fuego ansioso, que abrasaba su pecho, de la conversion de las almas.

Viendo los Prelados, que nuestro Venerable Padre tocaba ya la raya de ciento, y dies años, y que no podia asistir ya en las conversiones por la falta de fuerzas en los pies, determinaron, que viviese de morador en el Convento de Sombrerete, donde diose los ultimos alientos de su vida en manos de su Criador, acompañado de sus hermanos los Religiosos: sacrificose à la obediencia rendido, y se retraxo en una pobre celda, desde donde acudia à predicar, y confesar todo el tiempo, que le durò la vida; muchas cosas pre-

dixo con espíritu prophetico, que despues se experimentaron à la letra, sin faltar un punto, de lo que les anunció à muchos. En confirmacion de esta verdad referirè solamente el ultimo vaticinio, aunque en la estimacion de todos debe ser el primero: predicando el ultimo Sermon en una silla, porque ya no podia subir al pulpito por sus muchos años, en la Parrochia de Sombrerete, dixo à los vecinos con voz muy tierna, y lastimosa, que se arruinaria dentro de breve tiempo la Villa de Sombrerete, y llegaria à lastimoso, y miserable estado, sin que quedasse en ella sino el pobre Convento de San Francisco, y algunos miserables vecinos, que por sus muchas necesidades no podrian salir de ella, y exclamando con voz mas alentada, que la que pedian ciento, diez, y siete años, que tenia, pidio atencion al auditorio, y dixo: para que creais esta verdad, que os anuncio, y no juzgueis, que digo esto solamente por aterraros, os doy por unica señal, que no me levantarè de esta silla vivo, y cruzando los brazos sobre el pecho, baxò la cabeza con ademán,

man, de que se reclinaba sobre ellos, viendo el auditorio, que se detenia en aquella postura mucho tiempo, se levantò à registrar el motivo, juzgando, que seria algun desmayo, y vieron, que ya avia espirado el bendito Religioso.

Atemorizaronse los oyentes, y los vecinos con este prodigioso caso, y à gritos confesaron todos sus culpas, y proponian la enmienda: poco tiempo passò, en que vieron practicado el vaticinio, pues se despoblò del todo la Villa, y sus moradores se mudaron à otras partes, quedando solo nuestro Convento con algunos pobres desvalidos, que, fomentados con la limosna, que en la porteria les daban nuestros Religiosos, de las que en otras partes recogian, vivieron algunos años, escarbando algunas minas viejas, hasta que encontraron con metal, y à su eco se volvió à poblar la Villa, debiendose esta nueva poblacion à la charidad de nuestros pobres Religiosos en el fomento de los pobres vecinos, que quedaron, à que aun oy contribuyen agradecidos, pues es uno de los Pueblos mas afectos, que tiene esta Pro-

vincia, à los hijos de mi Seraphico P. S. Francisco, sin que en su devocion, ni en lo prospero, ni en lo adverso de los tiempos se aya reconocido disminucion, ni mudanza en sus vecinos, pues aun oy, que se halla muy corto, socorren con las acostumbradas limosnas à los pobres hijos de S. Francisco. Despues, que los oyentes se desembargaron en la admiracion, que les causò tan inopinado suceso, dispusieron trasladar el sagrado Cadaver à nuestro Convento, à que concurrió todo el Pueblo, que con tiernas lagrymas lloraban la muerte de su difunto Padre, y Maestro, que todo lo era juntamente en aquella Villa; despoblaronse los lugares, y estancias circunvecinas, por acudir à su entierro, aclamandole todos à gritos Santo. Diosele sepulchro en la peña del altar mayor de nuestro Convento, passados mas de dos dias de su feliz tránsito, sin que en este tiempo se registraran en su cadaver los ascos de la muerte, sino una admirable hermosura, que causandò à la vista una especial complacencia, tenia à todos, como suspensos: pues siendo de edad de ciento, diez,

diez, y siete años, en la hermosura de su rostro las blancas canas conciliaban las veneraciones, y la suavidad, y flexibilidad de sus miembros parecia mas, que natural en lo tratable, de que inferian todos ayer muerto, como otro Moyses, en el osculo del Señor. Murio de ciento, diez, y siete años de edad, de ciento, y quatro de abito, de mas de noventa de Sacerdote: y aviendo venido a este Reyno el año de mil, quinientos, treinta, y nueve de edad de setenta, y nueve años, vivio en el treinta, y ocho años, y murio en el referido lugar de Sombrerete el año de mil, quinientos, ochenta, y siete, ocupado en el exercicio de la predicacion hasta el ultimo aliento de su vida, como se verificò en el referido suceso de su muerte, sin que jamas dexasse de ayunar, como el Joven mas robusto, los ayunos, que prescribe, nuestra regla, honrando con su virtud, y letras esta Apostolica Provincia, entonces Custodia de Zacatecas. En su religioso modo de vivir dexò a la posteridad un exemplar perfectissimo de un caval, y perfecto Varon

Apostolico, para que todos los hijos de esta Provincia solicitemos fervorosos seguir las religiosas huellas de este verdadero hijo de N. S. P. S. Francisco en cumplimiento de las obligaciones de nuestro Apostolico instituto.

CAPITULO IV.

Vida del Venerable Padre Fr. Jacintho de S. Francisco, uno de los fundadores de esta Provincia de Zacatecas.

Quando Dios quiere hacer ostentacion de sus misericordias, en vano se resisten alucinadas las criaturas, porque, compelidas al impulso de su Divina asistencia, aunque sus corazones sean al parecer diamantinos, se ablandan por fin al fuego de la Divina gracia, que fuerte, y suavemente dispone todas las cosas, encaminandolas a aquellos fines, a que las tiene destinadas su oculta, y alta providencia: testigo es de esta verdad el objeto, de que trato en este capitulo. No se sabe los Padres, y la Patria del Venerable

ble Padre Fray Jacintho de San Francisco, y solo tengo noticia, que vino con el valeroso Capitán D. Fernando Cortés a la Conquista de la Nueva España, siendo uno, de los que mas le ayudaron con su valor, y esfuerzo a la subjugacion del imperio Mexicano, por cuya causa, quando por orden del Invicto Emperador Carlos Quinto se repartieron los Pueblos en encomiendas a los Conquistadores, le cupieron a nuestro Venerable Fray Jacintho los Pueblos de Hueytlalpan, y Tlatlahquitepec con muchissimos esclavos, y otros Indios tributarios: gozando de estos bienes de fortuna, que con su valor, y industria avia adquirido: y atesorando riquezas con el sudor, y afanes de los Indios, que tenia de encomienda, caminaba presuroso nuestro Fr. Jacintho, quando Dios, como a otro Paulo, con la voz de su inspiracion, y un prodigioso suceso, le convirtio de ansioso de temporales riquezas en despreciador de los bienes temporales; y quando mas engolfado estaba en la codicia de los humanos intereses, se deshizo de todos ellos con prontitud, y resignacion humil-

de, por seguir pobre, y desnudo a Jesu-Christo. Sucedió, pues, su conversion en esta forma.

Aviendo embiado a unos Indios tributarios de un Pueblo suyo a ciertas diligencias, que importaban al adelantamiento de sus riquezas, como dos leguas de distancia, de donde vivia, tuvo noticia, que unos Indios gentiles los avian capturado, y trataban sacrificarlos a sus Dioses. Diole cuidado la noticia, y tratando libertar a sus tributarios, y librarlos de la muerte, que les esperaba, se armò con toda diligencia, y recogiendo toda la gente, que pudo, se encaminò en busca de los infieles, para quitarles la presa, si fuesse necesario, a fuerza de armas. Encontrò con ellos, y no queriendo restituir los captivos, se valiò de las armas con el valor, que acostumbraba; pero, quando Dios nos quiere rendidos, en vano pelea el hombre, por salir triunfante, y victorioso: así sucedió a D. Jacintho, que, quando mas confiado peleaba, prevalecieron contra él los Indios barbados de tal manera, que, haciendole volver las riendas al caballo, apelò a la fuga, en la que le siguieron los al-